

Cuando tenía diez años recuerdo que mi padre me llevó a ver los Juegos en Olimpia. Fue un viaje largo, pues vivíamos en Epidauro, pero mereció completamente la pena. Quedé tan fascinado que decidí en aquel momento que yo también quería participar. A mi padre le pareció fantástico (creía como cualquier otro griego que el deporte era algo vital para la formación de cualquier hombre) y a los doce años ingresé en la palestra. Allí se nos enseñaba principalmente a desarrollar los músculos y controlar los nervios, además era muy divertido estar con otros chicos que también querían ir a las Olimpiadas cuando les tocara. A los dieciséis entré en el gimnasio. Este contaba con una pista y con lugares de ejercicio al aire libre entre los bosques. Allí realizábamos ejercicios físicos y atletismo. El atletismo era lo que más me gustaba, ¡y se me daba muy bien! Con veinte concluí mi formación deportiva y por fin estaba capacitado para participar en los Juegos Olímpicos. Justo el año en el que cumplí los veinte no hubo juegos y tuve que esperar dos años más para participar. Algo que me fastidió bastante, pues tenía amigos con solo dos años más que habían podido ir a los anteriores, que se dedicaron esos cuatro años a recordarme cuánto habían disfrutado y todo lo que habían hecho.

Todo el año anterior me lo había pasado entrenando en Epidauro y el mes antes a las pruebas nos fuimos a Élide a entrenar allí, como dictaba la norma. Llegado el momento, se decretó la tregua sagrada y nos hicimos al camino en dirección a Olimpia. Fui con mi padre y con mi hermano pequeño. A mí madre le ofrecí venir, pero dijo que, para no poder ver ninguna prueba, que no iba. “Algún día las mujeres podrán ver los juegos, ¡incluso participar en ellos!” decía cada vez que sacábamos el tema, algo que a mi padre le parecía un completo disparate. Cuando llegamos a Olimpia me apunté a todas las pruebas de los agones atléticos. Los agones luctatorios no me convencían; eso de que estuviese permitido dar patadas y rodillazos en \*todas\* las partes del cuerpo y romperle las articulaciones al adversario no me parecía demasiado bien. Y los agones hípicos me interesaban, pero, cuando me enteré de que el ganador era el dueño de los caballos y no quien corría, decidí no apuntarme.

Unos días antes, con todo preparado, nos dirigimos ante el altar de Zeus y allí juramos que no íbamos a delinquir en nada contra los Juegos Olímpicos. Además, los atletas juramos que habíamos seguido las normas de entrenamiento y que íbamos a realizar una competición limpia. Así, el festival dio comienzo con rituales en honor a Zeus y Pélope y durante los siguientes cinco días las pruebas de lucha, atletismo, carreras con armas, carreras de carros y pentatlón se fueron sucediendo. El día que me tocó participar me desnudé y entré al estadio. El público (enteramente masculino, por supuesto) estaba emocionado por vernos correr y entre ellos pude ver a mi padre y a mi hermano.

La primera prueba era el “dromo”, que consistía en una carrera de 192 metros, que era la distancia del estadio. Después vino el “diaulo”, una carrera de ida y vuelta al estadio. Y por último el “dólico”, una carrera de doce vueltas al estadio. Yo solo gané el “dromo”, pero en las demás quedé muy cerca del primero. Terminadas las carreras empezaron las demás pruebas. En el salto de longitud tuve que llevar conmigo un objeto de piedra de cinco kilos, lo que lo hizo más difícil, y aunque participé en todas las modalidades (con carrera, múltiples saltos, sin carrera, juntando los pies y adelantando uno de ellos) no gané ninguno. En el lanzamiento de disco quedé el último, porque no fui capaz de dotar de dirección adecuada al disco de piedra. Finalmente llegó el lanzamiento de jabalina, en el que quedé tan cerca del primero que tuvieron que medirlo varias veces. Al final le dieron la victoria a un chico un poco mayor que yo, de Argos.

Pasadas todas las pruebas, el sexto día tuvo lugar el cierre de los Juegos. Se realizó una procesión de acción de gracias y hubo un banquete para los vencedores (¡entre los que estaba yo!) y la esperada entrega de premios. Fuimos aclamados por el público, que nos arrojaron flores y hojas. La ceremonia de entrega de premios tuvo lugar en la entrada del templo de Zeus. Allí los heraldos proclamaron el nombre, el lugar de nacimiento, el linaje y la prueba de cada uno de los vencedores. Cuando pronunciaron mi nombre, mi padre no pudo contener la emoción, y me presenté con la cinta que me habían otorgado ceñida a la cabeza y la corona de olivo sobre ella.

Acabados los Juegos regresamos a Epidauro, donde nos recibieron como héroes. Algunos poetas y oradores narraron mi hazaña y recibí una pequeña recompensa monetaria. Sin duda, fue el mejor momento de mi vida y, aunque intenté participar en varias ocasiones en los Juegos Olímpicos siguientes, no volví a ganar nada. La corona se secó, pero es algo que mantengo hasta el día de hoy, para no olvidarme nunca de lo fantásticos y especiales que fueron aquellas Olimpiadas del año 40 de nuestra era.

– Fragmento de “Memorias de mí” por Kurasé de Epidauro